

La calle para el jueves primero de mayo de 2008
Diario de un espectador
Boda en Chimalistac
por miguel ángel granados chapa

Elena Poniatowska vive en el hermoso barrio coyoacanense de Chimalistac. Disfrutar de su verdor seguramente le inspiró este cuento, hermosamente publicado por el Fondo de cultura económica con ilustraciones de Oswaldo Hernández Garnica. Su título es deliberadamente ambiguo: “Boda en Chimalistac”, porque podría referirse a las lujosas nupcias que suelen celebrarse los fines de semana en el templo de san Sebastián Mártir. Sí ocurre allí la boda, pero no protagonizada por miembros del jet set sino por...

Pero no nos adelantemos. Mejor leamos de qué se trata. Es un regalo, con apenas un día de demora, por el Día del niño (que ya festejamos ayer):

“El Limonero le dijo a La Jacaranda:

--¿Quieres casarte conmigo?

--¡Oh, no! Yo ya escogí al Fresno, que es más hermoso que tú, tiene ramas que llegan hasta el cielo y un tronco poderoso, invencible. Tú estás muy chaparrito.

El Limonero se puso triste, hablaba solo, movía sus ramas de un lado a otro sin que viniera a cuento y, por más que su amigo Adrián el pordiosero quisiera animarlo, cuando pasaba alguna pareja él hacía todo por agriarles el paseo.

Una mañana, sin más, llegaron del Departamento central con un camión y una sierra eléctrica y rodearon al Fresno.

--Este árbol está muy viejo y corre el riesgo de caerse sobre los niños que vienen a jugar al parque.

Los vecinos protestaron:

--Pero, cómo van a cortar este árbol que nos ha acompañado durante tantos años?

--Señora, ¿Qué no sabe que en Churubusco cayó un eucalipto después de una tormenta y mató a una mamá y a su hijo?

--¡No puedo creerlo!, se espantó la señora.

--Sí, hasta salió en los periódicos. Resulta que los eucaliptos tienen muy pocas raíces y como crecen muy alto se caen al primer golpe de viento.

--Lástima, tan bonito que huelen.

--Lo mejor de los eucaliptos son sus hojas porque se usan para los tes, las friegas, las limpias, las inhalaciones, los jarabes y las pastillas contra la tos.

Tan convencidos quedaron los vecinos que entre todos vigilaron que el Fresno no se moviera.

La Jacaranda lloró lágrimas violetas y el Limonero se compadeció.

--Si sigues llorando te vas a parecer a los llorones de los sauces.

Y se plantó a su lado para consolarla.

Con el tiempo la Jacaranda se acostumbró a su sombra protectora.

--¡Qué bonitos tus limones tan jugosos y redondos!. Con razón te los arranca la gente al pasar. Me encanta el verde de sus ojos.

El Limonero se esponjó y se puso más verde. Enlazó con sus ramas la cintura de la Jacaranda.

--Sería más bonito si tú me quisieras.

--Pues si te quiero

--¿Tanto como para casarte conmigo?

--El día que me cubra de flores moradas será el día de nuestra boda.

El día de la boda llegó.

La Jacaranda lavó su cara; con un palito se sacó la mugre de las uñas de sus ramas, se alisó las flores, se estiró muy bien las raíces como si fueran calcetines, revisó debajo de su corteza para asegurarse de que en sus calzones no apareciera el riel de oro, y se puso el velo lentamente frente a los pastitos que la miraban con adoración. Escogió a los más pequeños para que detuvieran su cola:

--Ustedes van a ser mis pajes.

Los invitados: dos ahuehuetes, cinco manzanos, seis durazneros, un pirul, un plátano, siete rosales, doña Hiedra con su cauda de hojas opacas y fuertes, el Huele de noche con todo y nido y doce pastitos que detendrían la cola de la novia. La madrina de lazo era la señora Bugambilia, y la de arras una magnolia frondosa y perfumada.

Entraron a la Iglesia de Chimalistac, primero la mamá de la Jacaranda y el papá del Limonero, que estaba aún más gordo y cargado fruta que el novio. Don Jacarando papá con un precioso traje de suntuosas flores lilas le daba el brazo a la Jacaranda rumorosa. El Plátano miraba inquieto por todos lados...”

Mañana concluiremos esta crónica nupcial.